

PEDAGOGÍA DEL GENOCIDIO:

Banalización de la violencia, normalización de la barbarie y deshumanización en las sociedades contemporáneas

PEDAGOGY OF GENOCIDE:

Trivialization of violence, Normalization of Barbarism, and Dehumanization in Contemporary Societies

PEDAGOGIA DO GENOCÍDIO:

Trivialização da violência, normalização da barbárie e desumanização nas sociedades contemporâneas

Enrique-Javier Díez-Gutiérrez

Catedrático de la Universidad de León (España).

Miembro de la [Internacional Antifascista de Educación](#) (IAdeE).

Entre sus últimas publicaciones se encuentran:

Soberanía digital educativa. Del control de las BigTech a la construcción del bien común (Octaedro, 2025).

No pasarán. Por qué la extrema derecha quiere controlar la educación pública y qué hacer para defenderla (Plaza y Valdés, 2025).

Guerra cognitiva y cultural: Claves para combatir el auge del neofascismo (La Vorágine, 2025);

Represión franquista, resistencia antifranquista y memoria histórica democrática de las mujeres (Plaza y Valdés, 2025).

Emprendimiento o emprendedurismo educativo. Educar en las reglas del capitalismo: la nueva guerra cognitiva neoliberal en educación (Argentina: Miño y Dávila, 2025).

Pedagogía del Decrecimiento (Octaedro, 2024).

La memoria histórica democrática de las mujeres (Plaza y Valdés, 2023).

Pedagogía Antifascista (Octaedro, 2022).

La historia silenciada (Plaza y Valdés, 2022).

Educación crítica e inclusiva para una sociedad poscapitalista (Octaedro, 2021).

La asignatura pendiente (Plaza y Valdés, 2020),

La educación en venta (Octaedro, 2020),

Educación para el bien común (Octaedro, 2020),

La revuelta educativa neocon (Trea, 2019)

O *Neoliberalismo educativo* (Octaedro, 2018).

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3399-5318>

E-mail: enrique.diez@unileon.es

Resumen

El presente artículo analiza los mecanismos culturales, mediáticos, educativos y políticos mediante los cuales las sociedades contemporáneas son progresivamente preparadas para aceptar la guerra, la violencia estructural y la destrucción sistemática de poblaciones civiles como acontecimientos normales e inevitables. A partir del concepto de “pedagogía del genocidio”, se examina la relación entre economía de guerra, militarización cultural, deshumanización mediática y producción de consentimiento social ante la barbarie, ejemplificándolo en el actual genocidio perpetrado en Palestina y el Líbano. El estudio utiliza una aproximación teórico-crítica fundamentada en la pedagogía crítica, la teoría de la necropolítica, los estudios sobre propaganda y la crítica de la economía política de la guerra. Se sostiene que los conflictos contemporáneos no se sostienen exclusivamente mediante la fuerza militar, sino que requieren dispositivos “pedagógicos” capaces de construir indiferencia moral, legitimar el exterminio y convertir la violencia extrema en parte de la normalidad informativa y comunicativa global. El análisis muestra cómo los medios de comunicación, las plataformas digitales, la industria audiovisual y determinados discursos institucionales participan en la fabricación de subjetividades

PEDAGOGÍA DEL GENOCIDIO:
Banalización de la violencia, normalización de la barbarie y
deshumanización en las sociedades contemporáneas
Enrique-Javier Díez-Gutiérrez

adaptadas a la violencia permanente. Se concluye que la resistencia democrática exige la construcción de una pedagogía de la memoria crítica, los derechos humanos y la desobediencia ética frente a la normalización de la barbarie.

Palabras clave: Pedagogía crítica; genocidio; economía de guerra; necropolítica; militarización cultural.

Abstract

This article analyzes the cultural, media, educational and political mechanisms through which contemporary societies are progressively conditioned to accept war, structural violence and the systematic destruction of civilian populations as normal and inevitable events. Based on the concept of “pedagogy of genocide”, the article examines the relationship between war economy, cultural militarization, media dehumanization and the production of social consent regarding the genocide perpetrated in Palestine and Lebanon. The study adopts a critical-theoretical approach grounded in critical pedagogy, necropolitics, propaganda studies and the critique of the political economy of war. It argues that contemporary conflicts are not sustained solely through military force but require pedagogical dispositifs capable of producing moral indifference, legitimizing extermination and transforming extreme violence into part of the global informational routine. The research demonstrates how mass media, digital platforms, the audiovisual industry and institutional discourses contribute to the construction of subjectivities adapted to permanent violence. It concludes that democratic resistance requires the development of a pedagogy of critical memory, human rights and ethical disobedience against the normalization of barbarism.

Keywords: Critical pedagogy; genocide; war economy; necropolitics; cultural militarization.

Resumo

O presente artigo analisa os mecanismos culturais, midiáticos, educativos e políticos mediante os quais as sociedades contemporâneas são progressivamente preparadas para aceitar a guerra, a violência estrutural e a destruição sistemática de populações civis como acontecimentos normais e inevitáveis. A partir do conceito de “pedagogia do genocídio”, examina-se a relação entre economia de guerra, militarização cultural, desumanização midiática e produção de consentimento social diante do genocídio perpetrado na Palestina e no Líbano. O estudo utiliza uma abordagem teórico-crítica fundamentada na pedagogia crítica, na teoria da necropolítica, nos estudos sobre propaganda e na crítica da economia política da guerra. Argumenta-se que os conflitos contemporâneos não se sustentam exclusivamente mediante a força militar, mas requerem dispositivos pedagógicos capazes de construir indiferença moral, legitimar o extermínio e converter a violência extrema em parte da normalidade informativa global. A pesquisa evidencia como os meios de comunicação, as plataformas digitais, a indústria audiovisual e determinados discursos institucionais participam da fabricação de subjetividades adaptadas à violência permanente. Conclui-se que a resistência democrática exige a construção de uma pedagogia da memória crítica, dos direitos humanos e da desobediência ética frente à normalização da barbárie.

Palavras-chave: Pedagogia crítica; genocídio; economia de guerra; necropolítica; militarização cultural.

1. Introducción

El periodista y escritor Ryszard Kapuściński (2002) advertía que las guerras comienzan mucho antes del primer disparo. Empiezan en el lenguaje, en los marcos interpretativos, en la construcción del enemigo y en la preparación cultural de las sociedades para aceptar la violencia como inevitable. En las guerras contemporáneas, la disputa fundamental no se desarrolla únicamente en el terreno militar, sino también en el ámbito simbólico, comunicacional y educativo. Todo genocidio necesita “pedagogías” específicas: formas de producción de sentido capaces de normalizar el horror y neutralizar la indignación ética (Black, 2026).

El genocidio perpetrado contra la población palestina, acompañado de la devastación sistemática del Líbano, constituye un ejemplo paradigmático de esta dinámica contemporánea (Lentin, 2026). La destrucción masiva de infraestructura civil, hospitales, escuelas y campos de refugiados es frecuentemente presentada en los medios internacionales mediante categorías técnicas y militares que ocultan la dimensión humana de la violencia.

En este contexto, este artículo propone el concepto de “pedagogía del genocidio” para designar los procesos educativos, culturales y mediáticos orientados a producir consentimiento social ante la barbarie. El argumento central sostiene que el capitalismo contemporáneo, especialmente en su fase financiarizada, plataformizada (Zuboff, 2020) y militarizada, necesita sociedades emocionalmente adaptadas a la guerra permanente. De esta forma, la violencia y la guerra deja de percibirse como excepción histórica y se convierte en componente estructural de la gobernanza global.

La investigación se fundamenta en una metodología cualitativa de carácter teórico-crítico, articulando aportaciones de la pedagogía crítica, los estudios sobre necropolítica, la crítica de la industria cultural y la economía política de la guerra. El texto dialoga especialmente con autoras y autores como Paulo Freire (2018), Achille Mbembe (2019), Henry Giroux (2022, 2024), Judith Butler (2010, 2024), Naomi Klein (2007, 2025), Shoshana Zuboff (2020) y Zygmunt Bauman (2015).

2. Economía de guerra y capitalismo militarizado

Las guerras contemporáneas deben comprenderse no solo como conflictos geopolíticos, sino también como mecanismos de apropiación y reproducción económica del capitalismo. El capitalismo neoliberal convierte las crisis, las catástrofes y las guerras en oportunidades de acumulación (Klein, 2007). La economía de guerra, de hecho, constituye actualmente uno de los sectores más lucrativos de la economía capitalista global.

El incremento sostenido del gasto militar mundial durante la última década ha sido impulsado por la expansión de la industria armamentística, la militarización de fronteras y la intensificación de conflictos regionales (Ciaschini y Salvati, 2026). El crecimiento del complejo industrial-militar está directamente vinculado a la financiarización del capitalismo contemporáneo, en el cual la guerra deja de representar una excepcionalidad para transformarse en modelo económico permanente.

En este escenario, el miedo se convierte en recurso político estratégico. La producción sistemática de inseguridad —utilizando diferentes denominaciones según las circunstancias: terrorismo, migraciones, crisis geopolíticas o amenazas difusas— legitima el fortalecimiento de dispositivos de vigilancia, control social y represión estatal (Zuboff, 2020). Es lo que se ha definido como necropolítica: una nueva concepción de la

soberanía en la que actores internacionales deciden quién debe vivir y quién debe morir en un momento dado, atendiendo a criterios estrictamente económicos, donde los seres humanos se convierten en una mercancía sacrificable o desechable según dicten los mercados (Mbembe, 2019).

Las nuevas guerras y genocidios son actos bélicos que no buscan solo obtener territorio ni someter a las poblaciones, sino también afianzar recursos estratégicos y obtener beneficios a cualquier coste (como se puede constatar en Palestina, Venezuela, Irán, Sudán, etc.). Los Estados, los complejos militares, las fronteras y las lógicas coloniales producen así “mundos de muerte” caracterizados por la exposición sistemática de determinadas poblaciones a la violencia, la precariedad y el exterminio de la violencia colonial y geopolítica (Al-Kassimi, 2025).

Palestina constituye un laboratorio privilegiado de esta racionalidad necropolítica (Varga et al., 2023). El territorio palestino se ha convertido en espacio de conquista neocolonial, experimentación tecnológica, militar y biopolítica. Sistemas de vigilancia algorítmica, inteligencia artificial militarizada y mecanismos de control poblacional son ensayados sobre la población palestina antes de ser exportados globalmente (Díez-Gutiérrez y Jarquín-Ramírez, 2024).

La incorporación de la inteligencia artificial a la maquinaria bélica representa un salto cualitativo en la automatización de la violencia (Abraham, 2024). El uso de sistemas algorítmicos destinados a la identificación masiva de supuestos objetivos militares, reduciendo drásticamente la intervención humana en las decisiones letales (Abraham, 2024; Gould et al., 2024; Raiss, 2024). Esta transformación inaugura una nueva fase de la guerra tecnológica, en la que la distancia entre ejecutor y víctima amplía aún más la desresponsabilización moral.

De esta forma nos están acostumbrando y habituando a la violencia, retransmitida y difundida en directo por los medios y las redes. Violencia en un mundo en el que cada vez más domina “la razón del más fuerte”. En donde las poblaciones son convertidas en víctimas o espectadores de una guerra permanente que se presenta como inevitable para acaparar recursos ante la progresiva escasez de los mismos, dado el deterioro progresivo al que se ve abocado el planeta por el imparable consumo que exige una oligarquía de este capitalismo del fin del mundo que siempre exige más crecimiento y acumulación de beneficios de una forma insaciable para satisfacer sus deseos de acumulación (Islam y Zainuddin, 2026).

2. La pedagogía de la deshumanización

Pero ningún sistema de violencia permanente, de genocidio sistemático, puede sostenerse exclusivamente mediante las armas. El exterminio de poblaciones civiles requiere procesos previos de deshumanización capaces de convertir determinadas vidas en existencias prescindibles. Butler (2010) argumenta que los marcos ideológicos y mediáticos definen qué vidas son consideradas “llorables” y cuáles permanecen invisibilizadas. No todas las muertes reciben el mismo reconocimiento simbólico ni generan idéntica conmoción moral. Existen vidas que el orden político y mediático considera plenamente humanas y otras cuya destrucción aparece como tolerable, inevitable o incluso justificable.

La pedagogía de la deshumanización opera precisamente mediante esta diferenciación moral, emocional y afectiva. Su función consiste en erosionar progresivamente la empatía colectiva hacia determinados grupos humanos, presentándolos como amenaza, carga, peligro o existencia inferior. La violencia extrema

solo puede normalizarse cuando previamente se ha vaciado a las víctimas de su condición humana. Por ello, los genocidios modernos no comienzan únicamente con operaciones militares, sino con campañas discursivas, mediáticas y culturales destinadas a construir enemigos absolutos.

Esta pedagogía de la deshumanización se convierte en un componente estructural de la necropolítica contemporánea. No se trata únicamente de administrar la muerte física, sino de producir subjetividades capaces de convivir cotidianamente con el exterminio sin experimentar escándalo moral. El mayor triunfo de la barbarie no consiste solo en destruir cuerpos y territorios, sino en lograr que sociedades enteras aprendan a contemplar el genocidio como parte normal del paisaje político global (McIntosh, 2021).

3.1. Lenguaje inhumano

El lenguaje desempeña un papel decisivo en este proceso. Toda empresa genocida necesita previamente una gramática moral que haga tolerable lo intolerable. El neolenguaje de la “pedagogía del genocidio” opera precisamente en esa dirección: transforma la destrucción en “defensa”, las masacres en “operaciones de seguridad”, el desplazamiento forzoso en “evacuación” y la muerte de civiles en “daños colaterales”. La violencia extrema deja así de aparecer como crimen para convertirse en necesidad técnica o inevitabilidad histórica.

Expresiones como “daños colaterales”, “infraestructuras sospechosas” o “neutralización de objetivos” transforman asesinatos masivos, hambre inducida y limpieza étnica en categorías técnicas aparentemente neutras. Las víctimas desaparecen detrás de cifras, mapas y estadísticas operativas. Miles de niñas y niños asesinados dejan de ser sujetos concretos con nombre e historia para convertirse en simples efectos secundarios colaterales de operaciones estratégicas. La tecnificación del lenguaje funciona así como “anestesia moral”.

Efectivamente, como han mostrado investigaciones recientes sobre discurso mediático y conflictos armados (Jackson et al., 2021; McIntosh, 2021; Suleiman et al., 2026), el lenguaje militarizado funciona como mecanismo de anestesia moral al desplazar la atención desde las víctimas concretas hacia la racionalidad estratégica de la guerra. La violencia deja así de presentarse como tragedia humana para aparecer como procedimiento técnico de gestión de amenazas. En el caso palestino, la destrucción de hospitales, escuelas o campos de refugiados ha sido frecuentemente narrada mediante terminología securitaria que invisibiliza el sufrimiento civil y legitima implícitamente el exterminio.

Este proceso fue anticipado por la novela distópica “1984” de George Orwell (1949), donde el neolenguaje o “Newspeak” limitaba la capacidad de pensar críticamente mediante la reducción y manipulación del lenguaje. En las guerras contemporáneas, este neolenguaje funciona como una tecnología política de legitimación. La deshumanización verbal es central en este mecanismo: cuando una población es descrita como “plaga”, “terroristas potenciales”, “escudos humanos” o “animales humanos”, como les nombra el régimen israelí (Rodríguez, 2023), se construye un marco cognitivo que normaliza su eliminación física.

Las investigaciones sobre propaganda digital y arquitectura lingüística —basadas en miedo, indignación y antagonismo identitario— (Córdoba-Cabús et al., 2026; Sandu et al., 2024) muestran además que los discursos de odio y guerra utilizan técnicas lingüísticas estructuradas para fabricar consentimiento social, amplificar discursos polarizadores y erosionar consensos democráticos. Entre ellas destacan la repetición

emocional, la simplificación binaria (“civilización” frente a “barbarie”), la apelación al miedo y la construcción de enemigos absolutos. Estas estrategias no solo justifican la violencia presente, sino que educan simbólicamente a la población para aceptar futuros escenarios bélicos, de genocidios o tortura (recordemos Guantánamo o Abu Ghraib¹). Se configura así una auténtica pedagogía política: aprender a no sentir, a no mirar y a no nombrar el horror.

La repetición constante de estas narrativas produce subjetividades acostumbradas a la desigualdad radical entre vidas humanas. Los palestinos asesinados se convierten en cifras estadísticas de “bajas colaterales”; los hospitales bombardeados y destruidos se renombran como “lugares sospechosos de ocultar terroristas”; las poblaciones sitiadas son descritas como “escudos humanos”. El vocabulario técnico-militar y la narrativa bélica producida por las agencias militares y de inteligencia sustituyen progresivamente en las noticias a la verdad, la información contrastada y el lenguaje ético, construyendo marcos morales y emocionales que condicionan la percepción social del sufrimiento, la guerra y la alteridad.

3.2. Banalización de la violencia

Esta producción de neosujetos capaces de convivir con la destrucción cotidiana sin experimentar conmoción ética utiliza la banalización de la violencia como otro de los mecanismos centrales de este proceso: convertir el horror en paisaje habitual, transformar la muerte masiva en rutina informativa y diluir la gravedad moral de la exterminación mediante su repetición constante. En las sociedades hipermediatizadas contemporáneas, la violencia extrema deja de percibirse como acontecimiento excepcional y pasa a integrarse en el flujo ordinario del consumo audiovisual y digital. El resultado es una progresiva anestesia moral donde el sufrimiento ajeno pierde capacidad de interpelación política.

Recordemos la “banalidad del mal”, de la que nos hablaba Hannah Arendt (2006) en su ensayo *Eichman en Jerusalén*, refiriéndose al holocausto judío perpetrado por los nazis. Alemanes que, aparentemente, no tenían ningún desvío de la personalidad que justificaran sus actos, personas normales que en una situación extraordinaria se convirtieron en monstruos que exterminaron a millones de judíos, comunistas, gitanos y minusválidos. Actualmente, ya no se necesita una situación extraordinaria. La barbarie se convierte en normalidad asumida. Utilizando la denominada “ventana de Overton” (Chauhan, 2024) han conseguido que ideas, planteamientos, hechos y acontecimientos hayan pasado de “impensables” a ser considerados inicialmente “radicales”; de ahí a convertirse en “aceptables”; para, a continuación, pasar a ser formulados como “sensatos y necesarios”; y finalmente llegar a “integrarse” y normalizarse en la política y la práctica geoestratégica. El cambio actualmente ya no es mediante crisis, sino a través de marcos discursivos estratégicos y “normalización y banalización” mediática (Morales, 2025).

¹ Si Guantánamo es internacionalmente conocida por ser un centro del gobierno norteamericano destinado a torturas, abusos y detenciones indefinidas sin cargos, Abu Ghraib también fue conocida por ser una de las prisiones durante la invasión norteamericana de Irak que se convirtió en el epicentro de un escándalo internacional en 2004. En ella las tropas estadounidenses fotografiaron sus métodos de torturas y abusos sexuales y psicológicos de prisioneros: “los ojos se me salían de las órbitas por la descarga eléctrica”, “días sin comer ni beber y sin que me dejaran dormir ni ir al baño”, “encadenado al suelo en una postura terriblemente dolorosa”. También nos tiraban heces o se orinaban encima del detenido. “He visto cómo violaban a chicas delante de sus padres, cómo violaban a mujeres ante sus maridos, cómo violaban a niños delante de su madre y su padre”. Nos obligaban a presenciar las torturas. “Hubiera preferido morir a ver lo que vi” (Álvarez, 2018).

En este sentido, Bauman y Donskis (2015) advierten que actualmente las sociedades contemporáneas atraviesan un proceso similar creciente de “ceguera moral” caracterizado por la pérdida progresiva de sensibilidad ante el sufrimiento ajeno dada la progresiva banalización cotidiana de la violencia (Morales, 2025). Esta ya no aparece como acontecimiento excepcional que interrumpe la normalidad democrática, sino como un flujo continuo de imágenes, datos y relatos que terminan integrándose en la rutina cotidiana. Esta sobreexposición espectacularizada a guerras, masacres, desplazamientos forzados y destrucción de poblaciones civiles genera una transformación profunda en la percepción social del horror.

La reiteración constante de imágenes de devastación termina produciendo habituación emocional y debilitamiento de la capacidad colectiva de indignación, contribuyendo a la normalización del sufrimiento. Especialmente, los medios digitales y las redes sociales como TikTok, Instagram o X transformaron la guerra y el genocidio en un fenómeno de consumo inmediato, y tienden a encuadrar la violencia mediante lógicas narrativas fragmentadas, emocionales y sensacionalistas que descontextualizan las causas estructurales del conflicto (Black, 2026). El sufrimiento aparece así reducido a episodios aislados, desconectados de relaciones coloniales, económicas o geopolíticas.

Esta banalización de la violencia se encuentra estrechamente vinculada al funcionamiento de las plataformas digitales y a la lógica algorítmica de circulación acelerada de contenidos de la actual economía digital de la atención, que favorece contenidos impactantes, breves y emocionalmente intensos, a la vez que dificulta la elaboración crítica y política del sufrimiento (Zuboff, 2020). Incluso los genocidios, como el de Palestina o Sudán, se convierten frecuentemente en secuencias audiovisuales consumidas entre publicidad, entretenimiento y contenidos triviales. La violencia extrema comparte espacio con publicidad, programas de salud o reality shows, erosionando las fronteras morales entre tragedia y espectáculo. El resultado es una progresiva normalización del horror (Khatib, 2025).

Aunque millones de usuarios han tenido acceso directo a escenas de exterminio y devastación sobre estos genocidios, esto no se ha traducido en movilización política sostenida. Por el contrario, la repetición constante del horror termina produciendo una percepción de impotencia política que favorece la indiferencia social y la aceptación implícita de la violencia estructural. Lo cual tiende a generar, a su vez, procesos de “fatiga de compasión”, desconexión emocional e indiferencia, especialmente cuando el dolor se presenta descontextualizado y consumido a gran velocidad (Beriche y Altai, 2020; Vanden Abeele y Nguyen, 2022; Samet, 2025).

Por ello, la banalización de la violencia contribuye a desplazar la responsabilidad política hacia interpretaciones individualizadas o fatalistas, ocultando las relaciones asimétricas de poder y las estructuras históricas de dominación. El uso de categorías como “conflicto”, “enfrentamiento” o “crisis humanitaria” presenta la violencia como consecuencia inevitable de odios ancestrales o enfrentamientos equivalentes entre actores simétricos, invisibilizando dinámicas de colonialismo, apartheid u ocupación militar. Esta neutralización semántica resulta esencial para la pedagogía del genocidio, porque impide identificar perpetradores, responsabilidades y sistemas de poder concretos (El Masry et al., 2025; Giroux, 2024; Morales, 2025).

3.3. Construcción del consenso social

La pedagogía del genocidio no se limita a legitimar la violencia extrema; necesita además construir un consenso social suficientemente amplio para garantizar la pasividad

**PEDAGOGÍA DEL GENOCIDIO:
Banalización de la violencia, normalización de la barbarie y
deshumanización en las sociedades contemporáneas
*Enrique-Javier Díez-Gutiérrez***

colectiva frente al sufrimiento masivo. Esta “pedagogía pública del consenso” opera mediante dispositivos culturales, mediáticos y educativos que producen aceptación social de políticas de guerra, ocupación o exterminio sin necesidad de coerción directa permanente. El consenso no implica necesariamente adhesión entusiasta, sino normalización de determinados marcos interpretativos que convierten la violencia estructural en algo razonable, inevitable o incluso moralmente justificable. La “función pedagógica” del poder consiste entonces en modelar imaginarios colectivos donde determinadas vidas aparecen como protegibles y otras como sacrificables.

En este proceso, los medios de comunicación también tienen un papel central. Uno de los mecanismos fundamentales de esta pedagogía pública es la administración selectiva de la visibilidad. Las grandes corporaciones mediáticas funcionan mediante filtros ideológicos que delimitan qué narrativas pueden circular legítimamente en el espacio público, qué narrativas son legítimas y cuáles deben ser marginadas (Chomsky y Herman, 2008). Determinados conflictos son representados mediante marcos lingüísticos que refuerzan posiciones geopolíticas concretas (“los nuestros y los otros”, “civilización contra barbarie”, “democracias frente a regímenes”) y generan identificación diferencial con las víctimas (“las nuestras”). Determinadas violencias son amplificadas hasta producir indignación global, mientras otras quedan relativizadas, contextualizadas o invisibilizadas. La deshumanización opera también mediante silencios selectivos.

Ya no se trata solo de justificar genocidios o intervenciones militares, sino también de producir subjetividades capaces de aceptar niveles extremos de destrucción humana sin cuestionar estructuralmente sus causas políticas y económicas. La pedagogía del genocidio necesita precisamente ese consenso manufacturado. No basta con destruir físicamente a una población; resulta indispensable neutralizar previamente la capacidad crítica de las sociedades espectadoras. Esa función se distribuye entre algoritmos, sistemas de recomendación y arquitecturas digitales de atención. La pedagogía del genocidio se adapta así al capitalismo de plataformas: la saturación informativa, la fragmentación narrativa y la hiperestimulación emocional dificultan la elaboración reflexiva de los conflictos y favorecen respuestas rápidas basadas en miedo, indignación o tribalismo identitario (Córdoba-Cabús et al., 2026; Zuboff, 2020).

Las democracias contemporáneas permiten determinados niveles de crítica siempre que no cuestionen los marcos geopolíticos fundamentales. Se tolera debatir sobre tácticas militares, errores estratégicos o costes humanitarios, pero raramente se legitima una discusión profunda sobre colonialismo, ocupación, apartheid o acumulación capitalista y, menos aún, si esta está vinculada a la guerra. De este modo, el consenso no se construye eliminando toda pluralidad, sino delimitando cuidadosamente los márgenes aceptables de discrepancia. La pedagogía del genocidio funciona precisamente cuando las estructuras de violencia quedan fuera del campo de lo discutible. Es la producción de disenso selectivo.

Es más, la pedagogía del genocidio produce una inversión moral sistemática. Los Estados con mayor capacidad destructiva aparecen representados como actores defensivos y vulnerables, mientras las poblaciones sometidas a ocupación o exterminio son presentadas como amenazas permanentes. Esta inversión no solo reorganiza la percepción mediática, sino también las emociones políticas de la ciudadanía global (El Masry, Sawaf y Gretchen King, 2025).

3.4. Pedagogía de la resignación

Otro elemento central es la pedagogía de la resignación. La ciudadanía es “educada” no para intervenir políticamente, sino para consumir tragedias globales como acontecimientos inevitables. En este contexto, la indignación ética y política es sustituida por una empatía efímera y despolitizada, que raramente cuestiona las estructuras de poder responsables de la violencia.

La pedagogía de la resignación constituye uno de los dispositivos más eficaces de las sociedades contemporáneas para neutralizar la capacidad transformadora de la clase trabajadora y la ciudadanía frente a la violencia estructural. Ya no se trata solo de producir indiferencia, sino de educar emocional y políticamente a la población para asumir que guerras, genocidios, desplazamientos forzosos o colapsos humanitarios forman parte inevitable del orden global. En este marco, la clase trabajadora y la ciudadanía en general deja progresivamente de percibirse como sujeto político capaz de intervenir colectivamente y pasa a ocupar el papel de espectadora permanente de catástrofes administradas mediáticamente. La violencia extrema ya no aparece como resultado de decisiones políticas concretas, sino como paisaje naturalizado de la contemporaneidad.

Se potencia así una subjetividad marcada por la impotencia aprendida. La repetición continua de tragedias globales, sin horizontes visibles de transformación y con total impunidad para sus perpetradores, como en el caso del genocidio palestino, alimenta la percepción de que cualquier acción colectiva resulta inútil frente a poderes económicos, militares o tecnológicos aparentemente inabarcables. De este modo, la desmovilización política se presenta como actitud racional y el escepticismo se convierte en forma dominante de relación con la esfera pública. Por eso los genocidios y guerras contemporáneas son acompañadas por intensas campañas propagandísticas destinadas a legitimar intervenciones militares y deslegitimar resistencias populares, que son presentadas como perturbadoras del normal funcionamiento social y costosas para la ciudadanía (un corte de carretera impide el tránsito; una ocupación de una fábrica impide el trabajo; una manifestación impide llegar a tiempo, etc.).

Otro aspecto decisivo es la individualización emocional del sufrimiento. Las tragedias humanitarias son presentadas principalmente como experiencias sentimentales destinadas a provocar compasión momentánea, pero raramente como consecuencias de estructuras históricas de colonialismo, desigualdad o acumulación capitalista. El problema deja de formularse en términos de responsabilidad política y pasa a gestionarse mediante reacciones afectivas privadas: compartir imágenes, expresar tristeza o consumir narrativas de sensibilización. La empatía, desligada de análisis estructurales y acción colectiva, termina funcionando paradójicamente como mecanismo de estabilización del orden existente. Las emociones sustituyen así a la organización política (Berriche y Altai, 2020).

La pedagogía de la resignación también opera mediante la construcción de distancia emocional respecto a las víctimas de la violencia global. Aunque las tecnologías digitales permiten acceder instantáneamente a imágenes de guerras, genocidios o desplazamientos forzosos, esa aparente proximidad visual no implica necesariamente cercanía ética o política. Por el contrario, incluso cuando es retransmitida en directo por sus propias víctimas, como en el genocidio palestino, la mediación tecnológica puede producir formas de observación distanciada donde el sufrimiento ajeno aparece como acontecimiento remoto, perteneciente a otros espacios culturales y humanos desconectados de la vida cotidiana del espectador. La hiperrepresentación visual del dolor emocionalmente impactante, breve y fácilmente consumible tiende a generar procesos de

despersonalización que dificultan la identificación profunda con las víctimas y con las causas geopolíticas de la violencia (Samet, 2025).

Esta distancia emocional resulta clave para la pedagogía del genocidio porque permite mantener la ilusión de normalidad dentro de las sociedades espectadoras. Las denominadas “tragedias humanitarias” son contempladas como eventos externos que no interpelan directamente las responsabilidades políticas, económicas o geoestratégicas de quienes las observan. La violencia queda confinada simbólicamente a un “afuera” geográfico y moral. De este modo, la ciudadanía puede experimentar momentos puntuales de tristeza o indignación sin desarrollar necesariamente una conciencia crítica sobre los vínculos estructurales entre su propio contexto social y las dinámicas globales de guerra, colonialismo o explotación. La distancia emocional funciona así como mecanismo de estabilización política y de reproducción de la indiferencia organizada.

3.5. Criminalización de la solidaridad

La criminalización de la solidaridad constituye otro de los mecanismos más sofisticados de la pedagogía del genocidio contemporánea. No basta con justificar la violencia contra determinadas poblaciones o generar indiferencia o desgaste y sentimiento de impotencia ante la impunidad; resulta igualmente necesario ir un paso más allá y desactivar los vínculos éticos, políticos y afectivos que podrían generar resistencia internacional frente a esa violencia. En este contexto, la solidaridad deja de ser presentada como práctica democrática legítima y comienza a ser asociada con sospecha, radicalismo, alteración del orden público o incluso complicidad con el terrorismo. La pedagogía del genocidio necesita aislar simbólicamente a las víctimas y disciplinar socialmente a quienes cuestionan las narrativas oficiales sobre la guerra, la ocupación o el exterminio (Shaw, 2026).

De esta forma, intelectuales, periodistas, estudiantes y movimientos sociales que denuncian el genocidio son frecuentemente acusados de extremismo, radicalismo o antisemitismo. Los gobiernos restringen manifestaciones; plataformas digitales censuran contenidos críticos o narrativas no alineadas con el poder (Zuboff, 2020). Uno de los espacios donde esta dinámica se ha hecho más visible es el ámbito universitario donde las movilizaciones estudiantiles de solidaridad con Palestina han sido objeto de vigilancia, sanciones disciplinarias, campañas de estigmatización y represión policial en numerosos países occidentales (Shalhoub-Kevorkian, 2026).

Estas estrategias buscan producir un efecto ejemplarizante: transmitir que determinadas formas de compromiso político pueden acarrear costes académicos, laborales o jurídicos. El objetivo no es únicamente castigar la protesta concreta, sino generar una cultura preventiva del miedo y la autocensura que acabe siendo autoimpuesta por el propio sujeto para evitar las posibles consecuencias. Porque la represión opera también mediante intimidación simbólica y presión institucional.

De hecho, la censura contemporánea no siempre adopta formas explícitas; a menudo opera mediante campañas de desprestigio, exclusión académica, control algorítmico de contenidos digitales, precarización laboral o intimidación institucional. El objetivo es producir ese miedo invisible pero sólido, y ese sistemático disciplinamiento social: cuestionar la barbarie organizada e institucionalizada debe tener consecuencias que sean ejemplarizantes, combinando mecanismos de securitización, deslegitimación moral y patologización política de la disidencia (Fekete, 2024).

La criminalización de la solidaridad se sostiene además sobre una arquitectura discursiva que identifica determinadas formas de disidencia con amenazas a la seguridad

nacional o al orden democrático. Quienes cuestionan narrativas oficiales sobre guerras o genocidios suelen ser presentados como radicales, ingenuos, extremistas o amenazas para esa “seguridad nacional” definida por el poder según sus intereses. La protesta pacífica, el boicot académico o las campañas humanitarias son reinterpretadas mediante lenguajes jurídicos y mediáticos que las presentan como expresiones extremistas o peligrosas. La solidaridad deja entonces de aparecer como ejercicio de responsabilidad ética global y pasa a ser tratada como conducta sospechosa susceptible de vigilancia y castigo.

Otro elemento central es la expansión de esta criminalización hacia el ámbito humanitario que se convierte en práctica potencialmente punible. Organizaciones de rescate, activistas de derechos humanos y redes de apoyo a personas refugiadas han sido crecientemente perseguidas mediante procesos judiciales, sanciones administrativas y campañas públicas de desprestigio. La ayuda humanitaria comienza así a interpretarse como forma de facilitar lo ilegal, amenaza fronteriza o interferencia política.

La dimensión mediática desempeña igualmente un papel decisivo. La representación constante de activistas solidarios como agitadores, extremistas o agentes desestabilizadores contribuye a erosionar la legitimidad pública de las movilizaciones internacionales. Los discursos dominantes no suelen centrarse en las causas estructurales de la violencia denunciada, sino en los supuestos excesos, alteraciones o radicalismos de quienes protestan. De este modo, el foco se desplaza desde el sufrimiento de las víctimas hacia la gestión del orden público interno. La pedagogía del genocidio necesita precisamente esta inversión narrativa: convertir la solidaridad en problema y la violencia estructural en contexto secundario.

De este modo, el espacio democrático se estrecha y determinadas posiciones políticas quedan simbólicamente expulsadas del campo de lo legítimo. La construcción de consenso no se produce únicamente mediante persuasión positiva, sino también a través de mecanismos de exclusión discursiva que limitan lo pensable y lo decible en el debate público.

3.6. Militarización cultural de la vida

Finalmente, la pedagogía del genocidio se expande también a través de la industria cultural contemporánea, que desempeña una función decisiva en la normalización de la guerra y la barbarie. Giroux (2022) sostiene que la cultura neoliberal produce pedagogías públicas que moldean subjetividades autoritarias y competitivas, naturalizando la violencia como forma legítima de resolución de conflictos. Uno de los ejemplos recientes es la producción cinematográfica impulsada en Brasil por uno de los principales ideólogos del *trumpismo*, Steve Bannon, una película al más puro estilo Hollywood para glorificar al expresidente Jair Bolsonaro, preso por intento de golpe de Estado (Gutiérrez, 2026).

El entretenimiento audiovisual, las plataformas digitales, los videojuegos, las series y determinados formatos cinematográficos no solo representan la violencia: contribuyen activamente a construir imaginarios donde la destrucción aparece estetizada, espectacularizada y emocionalmente consumible (Cáceres Rojas et al., 2026). La guerra deja así de percibirse como tragedia humana concreta y se transforma en experiencia narrativa, inmersiva y visualmente atractiva, un espectáculo tecnológico moralmente necesario². La violencia se convierte en mercancía cultural integrada en las dinámicas ordinarias del consumo global.

² Uno de los videojuegos más comerciales, *Call of Duty*, lanzó la versión “Call of Duty: Ghosts” en 2013 en la cual los países productores de petróleo sudamericanos se unen para formar una superpotencia militar

Uno de los mecanismos más eficaces de esta pedagogía cultural es la estetización de la violencia. Las imágenes bélicas son presentadas mediante recursos visuales y narrativos que privilegian el impacto estético sobre la reflexión ética. Explosiones, bombardeos, persecuciones y destrucciones urbanas aparecen integradas en lenguajes audiovisuales diseñados para producir excitación, tensión dramática o fascinación tecnológica. La espectacularización visual termina desplazando las consecuencias humanas reales de la violencia: cuerpos mutilados, hambre, trauma o desplazamiento forzoso quedan subordinados a la lógica del entretenimiento, permitiendo de alguna forma legitimar y naturalizar formas estructurales de violencia haciéndolas aparecer como razonables o inevitables.

Numerosas producciones audiovisuales presentan la guerra como espacio de heroísmo, redención moral o afirmación identitaria, mientras reducen la complejidad política de los conflictos a esquemas simplificados de buenos y malos. Esta narrativa favorece una comprensión emocional y deshistorizada de la violencia donde desaparecen las raíces coloniales, económicas o geopolíticas de las guerras contemporáneas. La figura del soldado hipertecnológico aparece como héroe civilizatorio, mientras las víctimas civiles permanecen invisibilizadas. Drones, vigilancia masiva y armamento inteligente son representados como avances técnicos inevitables, ocultando las estructuras de muerte y dominación que sostienen dichas tecnologías.

Los videojuegos bélicos merecen especial atención. La gamificación de la guerra produce procesos de desensibilización frente a la violencia extrema. La lógica de eliminación del enemigo, puntuación y eficacia militar aproxima el entretenimiento digital a la racionalidad bélica contemporánea. Las redes sociales intensifican aún más esta dinámica. Plataformas digitales organizadas mediante algoritmos de maximización del *engagement* tienden a privilegiar contenidos polarizadores, violentos y emocionalmente intensos. Además, el control corporativo de las infraestructuras digitales permite sofisticadas prácticas de censura, manipulación informativa e invisibilización de determinados conflictos (Zuboff, 2020).

La pedagogía del genocidio opera, por tanto, mediante múltiples dispositivos articulados: lenguaje militarizado, saturación visual, censura selectiva, entretenimiento bélico y gobernanza algorítmica. Se trata de una “racionalidad” cultural amplia destinada a producir sociedades adaptadas a la violencia permanente (Shaw, 2026; Stahl y Weinke, 2026).

3. Pedagogía del genocidio y sistemas educativos

Esta expansión de la pedagogía del genocidio plantea desafíos decisivos para los sistemas educativos contemporáneos. Durante décadas, los discursos institucionales enfatizaron la educación para la paz, la ciudadanía democrática y los derechos humanos. Sin embargo, las mismas potencias y organismos que financian programas educativos sobre convivencia y cultura de paz sostienen simultáneamente ocupaciones militares, exportaciones armamentísticas y políticas de exterminio.

Esta contradicción revela la existencia de una profunda hipocresía estructural. La educación formal tiende a promover valores democráticos abstractos mientras evita cuestionar las estructuras económicas y geopolíticas que sostienen la violencia global.

e invaden parte de Estados Unidos, por lo que las fuerzas estadounidenses hacen una incursión encubierta en Caracas (Venezuela) para capturar al presidente de la superpotencia y derrotar “la amenaza”. Lo cual guarda paralelismos con el secuestro del presidente Nicolás Maduro y su esposa en una acción planificada por el Ministerio de Guerra estadounidense.

**PEDAGOGÍA DEL GENOCIDIO:
Banalización de la violencia, normalización de la barbarie y
deshumanización en las sociedades contemporáneas
Enrique-Javier Díez-Gutiérrez**

Freire (2018) advertía que toda educación es inevitablemente política: o contribuye a la domesticación de las conciencias o fortalece procesos emancipatorios.

Por eso nos tenemos que plantear cómo abordar la pedagogía del genocidio en aquellas poblaciones que lo perpetran y que han sido educadas y formadas en y para el genocidio, como el caso de la población israelí dentro del proyecto sionista del régimen israelí. Pero también, tenemos que plantearnos cómo abordarlo para aquellas poblaciones que lo contemplan, que lo banalizan y lo reciben como un espectáculo más, mirando para otro lado con su silencio cómplice y que permiten que suceda.

Por una parte, tenemos el escalofriante caso de esta pedagogía del genocidio en el modelo educativo que se viene diseñando en Israel desde hace décadas, tal y como ha demostrado Nurit Peled, académica israelí e investigadora del sistema educativo israelí (Rodríguez, 2023): “En Israel hay una cultura racista que deshumaniza a los palestinos”, afirma esta investigadora que analiza cómo la educación israelí es muy traumatizante y agresiva desde los tres años, para que los niños y las niñas vivan el trauma del Holocausto y crean que hay otro holocausto a la vuelta de la esquina, que van a perpetrar los árabes que les rodean, en vez de los alemanes como en la época nazi. Los libros escolares enfatizan esto todo el tiempo. Así se crea un nacionalismo que desemboca con mucha gente adolescente dispuesta a matar a cualquier palestino de cualquier edad, porque creen que los palestinos son los nuevos nazis que les van a exterminar. Llegan a creer que todo el que no es judío es un nazi en potencia (Rodríguez, 2023).

“Hay un lavado de cerebro en la sociedad, a través de la educación y la propaganda. No hay mucha gente que sepa algo de lo que pasa en los territorios ocupados, tampoco les interesa”, afirma en la entrevista que le hace la periodista Olga Rodríguez (2023). Parece recrear la película *La zona de interés*, donde el comandante de Auschwitz Rudolf Höss y su esposa se esfuerzan en construir una vida de ensueño para su familia en una casa con jardín cerca del campo de concentración en el que se exterminan miles de vidas humanas. Por eso Peled afirma que el gobierno israelí “es un gobierno de criminales, fundamentalistas y racistas. Y no veo a nadie expulsándolos porque los políticos de la oposición hablan el mismo lenguaje” (Rodríguez, 2023).

De ahí que mientras vemos cómo palestinos son quemados vivos y despedazados por bombas de fósforo blanco del ejército israelí, prohibidas por las convenciones internacionales, colonos sionistas israelíes montan fiestas con sus hijos e hijas en la frontera de Gaza donde bailan armados con fusiles de asalto. Es como si en la puerta de los campos de concentración de Auschwitz los nazis alemanes hubieran montado fiestas burlándose de los prisioneros que iban a ser exterminados. O vemos cómo otros colonos sionistas atacan y queman camiones de ayuda humanitaria que se dirigen a la Franja de Gaza, destruyendo los alimentos y las medicinas e impidiendo así la llegada de asistencia humanitaria que envían organismos internacionales humanitarios a palestinos que mueren de hambre. “Esta educación explica que haya tanta gente que dice 'matémoslos a todos', porque le tienen miedo a cualquiera, a todos”, afirma Peled (Rodríguez, 2023).

Pero no solo en la escuela reciben esta “educación”, sino también en la Universidad. Como explica Maya Wind (2026), también israelí e investigadora en la Universidad de California, existen “numerosos vínculos de las universidades israelíes con los aparatos de violencia del Estado de Israel”. Esta investigadora ha constatado que el Estado israelí fue fundado con el objetivo colonial de eliminar y reemplazar a la población palestina por población judía, y, por eso, desde el principio, todas las instituciones de este proyecto estatal tuvieron que involucrarse en ello.

De ahí que las universidades israelíes se han concebido y construido desde su fundación como centros de formación para desarrollar conocimientos, tecnologías y ciencia al servicio del sionismo (Shalhoub-Kevorkian, 2026). Desde la infraestructura

**PEDAGOGÍA DEL GENOCIDIO:
Banalización de la violencia, normalización de la barbarie y
deshumanización en las sociedades contemporáneas
Enrique-Javier Díez-Gutiérrez**

física para despojar a los palestinos y reemplazarlos por judíos en un proyecto de ingeniería demográfica. Pasando por el uso de las disciplinas académicas y los conocimientos especializados para implicar a las universidades en la violencia, al servicio del dominio colonial y del régimen de apartheid. Así como el papel de las universidades ofreciendo sus laboratorios para sostener el desarrollo y la fabricación de armas y tecnologías militares, incluso durante el genocidio. Para llegar a la formación del Shin Bet, la policía y los soldados —que mantienen la violencia colonial israelí— que reciben formación a través de programas universitarios especializados, diseñados específicamente para ellos y a través de facilitar la participación de reservistas en el genocidio, otorgando becas, facilidades e incluso créditos académicos a los soldados por su servicio como reservistas (Rodríguez, 2026).

Por otra parte, resulta también imprescindible abordar la complicidad de los sistemas educativos occidentales de las democracias liberales con la pedagogía del genocidio. Esta complicidad no suele expresarse mediante apoyo explícito a la violencia extrema, sino a través de mecanismos más sutiles de silenciamiento, neutralización y despolitización del conocimiento. Escuelas, universidades y espacios académicos continúan presentándose como instituciones dedicadas a la formación crítica y a la defensa de los derechos humanos mientras, simultáneamente, evitan confrontar de manera directa las dinámicas contemporáneas de colonialismo, apartheid, ocupación, expolio o exterminio. La barbarie se convierte así en un tema incómodo que debe ser tratado con prudencia burocrática, distancia técnica o equidistancia institucional (Giroux, 2024).

En este contexto, la apelación permanente a la llamada “neutralidad académica” desempeña una función ideológica central. La neutralidad no opera como ausencia de posicionamiento, sino como forma específica de regulación política del discurso. Determinados conflictos históricos y contemporáneos son abordados desde marcos aparentemente objetivos que invisibilizan relaciones estructurales de poder y reducen la violencia a “controversias complejas” o “enfrentamientos entre partes”. La pedagogía del genocidio necesita precisamente esta neutralización moral: convertir el sufrimiento masivo en objeto de análisis desapasionado y tecnocrático, evitando que el conocimiento académico se traduzca en responsabilidad ética o compromiso político.

Las universidades contemporáneas participan además en procesos de disciplinamiento intelectual que delimitan cuidadosamente aquello que puede ser dicho legítimamente dentro del espacio público académico. En mi universidad pública, la Universidad de León (España), el rectorado me pidió que cambiara el título de la Microcredencial Universitaria de Pedagogía Antifascista, porque el término no era adecuado. La directora de mi departamento censuró una Jornada titulada “Memoria, democracia y educación: Franco, ¿ese bro! ¿por qué tantos jóvenes votan al neofascismo?”, porque la denominación no mantenía la “neutralidad académica”. La Rectora de mi Universidad, a propósito de esta jornada, me informa que debo tener en cuenta de cara a futuras propuestas de Jornadas, iniciativas y propuestas académicas lo que en la Comisión Delegada del Consejo Social de la Universidad afirmó el nuevo representante de la patronal de mi región: *“la formulación de la pregunta incluida en el título podría interpretarse como un prejuzgamiento de la existencia de partidos políticos fascistas o neofascistas dentro del actual sistema democrático y constitucional español, circunstancia que resultaría incompatible con el ordenamiento jurídico vigente. Asimismo, se señaló que dicha redacción podría contribuir a estigmatizar a los jóvenes votantes, al asociar su conducta electoral con opciones políticas calificadas previamente en esos términos.* Igualmente, se recordó que los partidos políticos en España deben regirse por principios democráticos y actuar conforme a la legalidad y a la Constitución,

considerándose que la referencia expresa a ‘votantes del neofascismo’ se aleja del rigor académico y jurídico exigible en el ámbito universitario”.

Lo mismo que, por ejemplo, también, las revisiones de artículos académicos que hemos recibido. Donde el evaluador afirma que, abordar en el artículo el ensalzamiento de la dictadura franquista en España por la extrema derecha, no se puede utilizar expresiones como “blanquear la dictadura”, “manipulación mediática y política a la que estamos asistiendo”, “caldo de cultivo del neofascismo” o afirmaciones del tipo “no se puede ser demócrata sin ser antifascista”, puesto que introducen “juicios de valor explícitos que, aunque comprensibles desde una determinada posición ética y política, podrían debilitar la percepción de neutralidad analítica del estudio en el ámbito académico internacional”.

Ejemplos todos ellos de cómo esta “vigilancia epistémica” llega incluso a asumirse y normalizarse invocando la figura del “matiz académico”. Aquí se muestra a través del hecho de no nombrar a las cosas por su nombre: no nombrar al racismo como racismo, al fascismo como fascismo, al capitalismo como capitalismo y a la explotación como explotación. Otras veces se utiliza el truco lingüístico de invisibilizar los hechos (el genocidio en Palestina), o se los nombra de forma “no conflictiva” o “equidistante” (es una guerra entre dos partes enfrentadas). Y, también, en otras ocasiones, se describen “asépticamente”, es decir, “académicamente” los acontecimientos o los hechos (la barbarie), pero sin llegar a implicarse políticamente en su solución. Lo sorprendente es que la exigencia de matizar al producir el conocimiento, entender el mundo, nombrar las cosas e intervenir, siempre recae fundamentalmente en quienes experimentan o sufren la opresión o quienes epistemológicamente se adscriben a una posición política desde la subalternidad (Díez-Gutiérrez y Jarquín-Ramírez, 2025).

La universidad neoliberal protege así una determinada idea de pluralismo compatible con el orden geopolítico dominante, mientras margina discursos que cuestionan radicalmente las estructuras globales de violencia y docentes, estudiantes e investigadores que denuncian genocidios, colonialismos o violaciones sistemáticas de derechos humanos pueden ser objeto de campañas de presión, sanción simbólica o exclusión profesional. En este marco, los posicionamientos éticos frente a la barbarie son percibidos frecuentemente como riesgos institucionales susceptibles de afectar convenios internacionales, inversiones o relaciones políticas. La “neutralidad académica” funciona entonces como mecanismo de autopreservación corporativa con el disfraz de principio epistemológico.

Porque, sin embargo, se ha creado, por ejemplo, la figura del “vigilante de la neutralidad ideológica en los centros educativos” en Galicia (España), a raíz de las protestas de la comunidad educativa por la contaminación de una empresa celulosa en esa región o por el genocidio en Palestina. Además, nombran como “vigilante” a un personaje que no esconde su simpatía por el dictador español Franco y el golpe de estado de 1936 en España.

Esto va abriendo esa ventana de Overton donde ya no solo es la derecha quien aplica esta política, sino que la socialdemocracia española empieza a tratar los temas educativos como si fueran problemas de seguridad: en el *Plan Director para la Convivencia y Mejora de la Seguridad en los Centros Educativos y sus Entornos*, del Ministerio de Interior del actual gobierno español, se legitima la presencia de agentes de la Policía Nacional y la Guardia Civil en centros educativos de todo el Estado. De acuerdo a esta lógica, los enfoques pedagógicos y educativos de convivencia se redefinen como cuestiones de “seguridad” que exigen la intervención de policía y guardia civil en los centros. Por eso no es de extrañar que, en Cataluña, gobernada por la socialdemocracia, se haya impuesto la presencia permanente de un policía (disfrazado de paisano) en centros

**PEDAGOGÍA DEL GENOCIDIO:
Banalización de la violencia, normalización de la barbarie y
deshumanización en las sociedades contemporáneas
Enrique-Javier Díez-Gutiérrez**

escolares que la administración educativa ha señalado como “conflictivos”. Disfrazando también este plan con un nombre eufemístico (Plan Integral para la Seguridad y el Bienestar en el Entorno Educativo).

Es más, se promocionan programas educativos para blanquear el papel del sistema militar como “ayuda humanitaria” y se promueven actividades de acercamiento de la población escolar a los escenarios militares y, a su vez, de entrada de estos cuerpos militares y policiales en el espacio educativo formal y no formal. Se promociona desde la administración pública educativa concursos literarios escolares militares, en estrecha colaboración con las Áreas de Reclutamiento de cada provincia del Ministerio de Defensa; formación militar a los docentes a través de talleres y cursos, con el fin de que el espíritu patriótico y la defensa “formen parte de la educación de nuestros jóvenes”; la creación de la Escuela Militar de Ciencias de la Educación; los campamentos anuales de chicos para ejercitar las virtudes bélicas; los manuales de exaltación patriótica; de forma periódica se llenan plazas de toros con miles de escolares para ver “exhibiciones y desfiles de armas y efectivos, e incluso simulacros de detención, con explosivos incluidos”; así como cátedras militares y de investigación militar en las Universidades, etc.

Normalizar la guerra y la industria militar de la muerte. El capitalismo neoliberal pretende utilizar la educación como un sistema de adoctrinamiento en su ideología de una forma constante, sutil y difusa. Es como el cuento de la rana que hierve en la cazuela lentamente, porque no es consciente de que el agua sube de temperatura lenta, pero inexorablemente, hasta que muere hervida. Es bien sabido que “para convencer tienes que crear una necesidad”. Por eso la socialdemocracia en España introdujo en el currículum escolar, con la Ley Orgánica de la Educación (LOE), la concepción de la Defensa “como un compromiso cívico y solidario”.

Mientras se proclama educar para la cooperación, el cuidado ecológico y sostenible, la solidaridad, la interculturalidad, la convivencia o la resolución de los conflictos pacífica en la escuela y la universidad, se financia y promociona la educación patriótica militar en las aulas y se disfrazo como “compromiso cívico y solidario”. De este modo, la escuela y la universidad celebran abstractamente valores como la paz, los derechos humanos o la ciudadanía global mientras evitan analizar críticamente las continuidades contemporáneas de las estructuras que producen exclusión, guerra y exterminio; forman sujetos capaces de condenar genocidios históricos ya consensuados moralmente, pero incapaces de reconocer críticamente las formas actuales de barbarie normalizada.

Por ello, el silencio o la censura institucional frente al genocidio no aparece como fracaso excepcional del sistema educativo, sino como consecuencia coherente de su creciente subordinación a racionalidades geopolíticas neoliberales del capitalismo (Lentin, 2026).

4. Educación, ética y resistencia democrática

Frente a la pedagogía del genocidio, resulta necesaria una pedagogía del compromiso político y de la desobediencia ética. Lo cual implica cuestionar el modelo de la educación liberal y desarrollar prácticas educativas de resistencia democrática capaces de:

- 1) Disputar ética y políticamente el lenguaje y la construcción del relato de la normalización de la barbarie. Porque el lenguaje y los marcos narrativos no solo describen la realidad: modelan las condiciones sociales de tolerancia o rechazo frente a la barbarie. Es decir, producen realidad social, porque

**PEDAGOGÍA DEL GENOCIDIO:
Banalización de la violencia, normalización de la barbarie y
deshumanización en las sociedades contemporáneas**
Enrique-Javier Díez-Gutiérrez

moldean percepciones y delimitan aquello que una sociedad considera aceptable. Cuando el lenguaje pierde su capacidad de nombrar el sufrimiento humano, la violencia deja de ser la excepción y comienza a integrarse en la normalidad cultural.

- 2) Resistir la banalización de la violencia reconstruyendo una ética del cuidado compartido y la sensibilidad crítica capaz de devolver densidad humana y política al sufrimiento colectivo. Nombrar adecuadamente la realidad, nombrar la violencia en sus términos reales, contextualizar históricamente los procesos de exterminio y rechazar la espectacularización mediática, implica romper la normalización discursiva de la barbarie. Todas ellas constituyen formas de resistencia cultural fundamentales.
- 3) Educar críticamente desmontando los consensos fabricados que convierten la violencia estructural en normalidad política y cuestionar públicamente los marcos de interpretación dominantes. Se trata de ir más allá de la simple transmisión de información y reconstruir capacidades y posibilidades colectivas de interpretación ética y acción democrática organizada. Formar una ciudadanía crítica supone precisamente desarrollar vínculos emocionales y políticos con las víctimas de las violencias históricas y contemporáneas, evitando que el sufrimiento humano sea absorbido por la lógica de la indiferencia mediática.
- 4) Es necesaria una alfabetización mediática y educacional radical capaz de desmontar los mecanismos contemporáneos de fabricación del consenso. La resistencia a la pedagogía del genocidio exige no solo acceso a información alternativa, sino también capacidad colectiva para identificar las arquitecturas discursivas que convierten la barbarie en normalidad política y subordinan el sufrimiento humano a los intereses estratégicos del poder global.
- 5) Es también necesaria una educación crítica que recupere la dimensión política de la empatía analizando y comprendiendo las estructuras de poder que producen el sufrimiento y lo sostienen. Politizar la empatía implica reconstruir vínculos entre emoción, memoria histórica y acción colectiva. Solo una ciudadanía capaz de interpretar crítica y políticamente las narrativas mediáticas y las dinámicas algorítmicas podrá resistir la normalización de la violencia y recuperar horizontes de intervención democrática organizada.
- 6) Defender la legitimidad política de la solidaridad constituye hoy una tarea democrática esencial. La solidaridad internacional representa una condición indispensable para impedir la normalización de la barbarie. Criminalizar la empatía organizada y la solidaridad comprometida implica restringir los márgenes mismos de la ciudadanía crítica y del compromiso ético global. Cuando los sistemas políticos comienzan a perseguir no solo a las víctimas, sino también a quienes se solidarizan con ellas, la pedagogía del genocidio alcanza uno de sus niveles más profundos: educar sociedades donde incluso la compasión activa aparece como conducta peligrosa.
- 7) Una pedagogía crítica de la cultura exige desmontar las formas contemporáneas de estetización y mercantilización de la violencia. No se trata de censurar representaciones culturales, sino de desarrollar herramientas de alfabetización mediática y educacional capaces de analizar críticamente cómo la industria cultural produce sensibilidades, emociones y consensos políticos. En una época donde las guerras circulan simultáneamente como noticia, espectáculo y contenido digital consumible, resulta imprescindible

recuperar una mirada ética que vuelva a situar en el centro la vulnerabilidad humana y las estructuras de poder que sostienen la violencia global.

- 8) En definitiva, una pedagogía crítica de los derechos humanos exige abandonar la ficción de la neutralidad ante el sufrimiento humano y la injusticia social. Educar críticamente significa asumir que toda práctica educativa implica opciones éticas y políticas inevitables. La defensa de la dignidad humana no puede quedar subordinada a cálculos institucionales, diplomáticos o reputacionales. Cuando las instituciones educativas callan frente a la barbarie o reducen el genocidio a un objeto de debate aséptico, dejan de funcionar como espacios de emancipación democrática y pasan a integrarse en las arquitecturas culturales que normalizan la violencia global.

La educación crítica debe contribuir a la formación de sujetos políticamente conscientes, capaces de identificar mecanismos de manipulación simbólica y resistir la normalización de la barbarie. La banalización del sufrimiento depende de la destrucción progresiva de la capacidad colectiva de indignación.

5. Conclusiones

La noción de “pedagogía del genocidio” permite comprender que la violencia no emerge espontáneamente. Requiere procesos sistemáticos de producción cultural, manipulación simbólica y deshumanización pedagógica. El genocidio contemporáneo no es únicamente militar; es también epistémico, comunicacional, económico, tecnológico y educativo (De Vogli, 2025).

La guerra permanente constituye un componente estructural del capitalismo contemporáneo. Para sostenerse necesita fabricar subjetividades acostumbradas a la violencia, al control y la represión, al miedo y la sospecha, a la desigualdad radical entre vidas humanas y a la normalización de la muerte masiva. Los medios de comunicación, las plataformas digitales, la industria audiovisual y determinados discursos institucionales desempeñan un papel central en este proceso (Zuboff, 2020).

Palestina se ha convertido en expresión extrema de esta lógica global. El genocidio no destruye únicamente vidas palestinas; produce tecnologías de control, legítimos modelos autoritarios de gobernanza y expande formas globales de necropolítica, ante las que no podemos ser simples espectadores (Lentin, 2026).

Resistir a la pedagogía del genocidio implica construir prácticas pedagógicas orientadas por la memoria histórica, la solidaridad internacional y la defensa incondicional de la dignidad humana. La tarea educativa fundamental del presente consiste en impedir que las sociedades aprendan a convivir pacíficamente con lo intolerable. Porque cuando una sociedad aprende a mirar masacres y genocidios sin indignación y lucha política activa para erradicarlos, la violencia deja de ser excepción histórica para convertirse en normalidad pedagógica.

6. Referencias

ABRAHAM, Yuval. *Lavender & Where's Daddy: How Israel Used AI to Form Kill Lists & Bomb Palestinians in Their Homes*. **Democracy Now**, 5 abr. 2024. Disponible em: <https://bit.ly/3R19O8l>. Acesso em: 27 maio 2026.

AL-KASSIMI, Khaled. The necropolitics of a secular international order: Western modernity, Arab-Muslims, and the Arab-Israeli conflict. *Cogent Social Sciences*, v. 11, n. 1, 2025. DOI: <https://doi.org/10.1080/23311886.2025.2524006>.

ÁLVAREZ, Yolanda. **Ali Alqaisi, torturado en Abu Ghraib**: “Nos tiraban heces o se orinaban encima del detenido”. *RTVE*, 5 nov. 2018. Disponível em: <https://www.rtve.es/noticias/20181105/tiraban-heces-se-orinaban-encima-del-detenido/1832840.shtml>. Acesso em: 28 maio 2026.

ARENDT, Hannah. *Eichmann em Jerusalém: um estudo sobre a banalidade do mal*. São Paulo: Companhia das Letras, 2006.

BAUMAN, Zygmunt; DONSKIS, Leonidas. *Cegueira moral: la pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida*. Barcelona: Paidós, 2015.

BERRICHE, Manon; ALTAY, Sacha. Internet users engage more with phatic posts than with health misinformation on Facebook. *Palgrave Communications*, v. 6, n. 71, 2020. DOI: <https://doi.org/10.1057/s41599-020-0452-1>.

BLACK, Jack. The violence of online hate: cultivating antagonism through subjective and objective violence. *The Communication Review*, v. 29, n. 1, p. 72-97, 2026. DOI: <https://doi.org/10.1080/10714421.2025.2601426>.

BUTLER, Judith. *Marcos de guerra: las vidas lloradas*. Barcelona: Paidós, 2010.

BUTLER, Judith. The compass of mourning. *London Review of Books*, v. 46, n. 3, p. 9-15, 2024.

CÁCERES ROJAS, Paul; MALDONADO SERRANO, Jorge Francisco; BOTERO BERNAL, Andrés. Videojuegos e industria cultural digital: estandarización, algoritmos y homogeneidad. *Revista Filosofía UIS*, v. 25, n. 2, p. 1-30, 2026. DOI: <https://doi.org/10.18273/revfil.v25n2-2026005>.

CHAUHAN, Shivank Singh. Fragmented Overton windows: rethinking political viability in polarised public spheres. *SSRN Electronic Journal*, 2024. DOI: <https://doi.org/10.2139/ssrn.5097975>.

CHOMSKY, Noam; HERMAN, Edward. *Los guardianes de la libertad*. Barcelona: Crítica, 2008.

CIASCHINI, Clio; SALVATI, Luca. Military expenditure. In: SALVATI, Luca et al. *Sustainable development: official statistics and thematic indicators as a compass to understand complexity*. Cham: Springer Nature Switzerland, 2026. p. 113-123.

CÓRDOBA-CABÚS, Alba et al. Disinformation and emotions in the 2024 European Parliament and US presidential elections. *Social Sciences & Humanities Open*, v. 13, 2026. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.ssaho.2026.102502>.

DE VOGLI, Roberto et al. Break the selective silence on the genocide in Gaza. *The Lancet*, v. 406, n. 10504, p. 688-689, 2025.

DÍEZ GUTIÉRREZ, Enrique Javier; JARQUÍN RAMÍREZ, Mauro Rafael. *No pasarán: por qué la extrema derecha quiere controlar la educación pública y qué hacer para defenderla*. Barcelona: Plaza y Valdés, 2024.

DÍEZ-GUTIÉRREZ, Enrique Javier; JARQUÍN-RAMÍREZ, Mauro Rafael. No se puede luchar contra la guerra y el genocidio si no politizamos su tecnología. *Viento Sur*, 29 jun. 2023. Disponível em: <https://vientosur.info>. Acesso em: 27 maio 2026.

PEDAGOGÍA DEL GENOCIDIO:
Banalización de la violencia, normalización de la barbarie y
deshumanización en las sociedades contemporáneas
Enrique-Javier Díez-Gutiérrez

- EL MASRY, Noura et al. Gender hierarchies in reporting genocide: an analysis of the dehumanization of Palestinian men in Western media. *Communication, Culture & Critique*, v. 18, n. 4, p. 310-329, 2025. DOI: <https://doi.org/10.1093/ccc/tcaf032>.
- FREIRE, Paulo. *Pedagogía del oprimido*. Madrid: Siglo XXI, 2018.
- GIROUX, Henry A. Genocide in Gaza and the politics of false equivalencies. *Policy and Practice: A Development Education Review*, n. 38, p. 120-125, 2024.
- GIROUX, Henry A. *Pedagogy of resistance: against manufactured ignorance*. New York: Bloomsbury, 2022.
- GOULD, Leo; ARENTZE, Lonneke; HOLJTINK, Marijn. Gaza war: artificial intelligence is changing the speed of targeting and scale of civilian harm in unprecedented ways. *The Conversation*, 2 maio 2024. Disponível em: <https://acortar.link/g3gUxX>. Acesso em: 27 maio 2026.
- GUTIÉRREZ, Bernardo. Steve Bannon impulsa en Brasil una película para glorificar a Bolsonaro, pero el resultado ha sido justo lo contrario. *eldiario.es*, 2026. Disponível em: https://www.eldiario.es/internacional/steve-bannon-impulsa-brasil-pelicula-glorificar-bolsonaro-resultado-sido-justo-contrario_1_13254696.html. Acesso em: 28 maio 2026.
- ISLAM, Emadul; ZAINUDDIN, Mohammad. The business of crisis: who profits when disaster strikes? In: *The Palgrave handbook of global social problems*. Cham: Springer Nature Switzerland, 2026. p. 1-12.
- JACKSON, Susan T. et al. Militarization 2.0: communication and the normalization of political violence in the digital age. *International Studies Review*, v. 23, n. 3, p. 1046-1071, 2021.
- KAPUŚCIŃSKI, Ryszard. *Los cínicos no sirven para este oficio: sobre el buen periodismo*. Barcelona: Anagrama, 2002.
- KLEIN, Naomi. *La doctrina del shock*. Barcelona: Paidós, 2007.
- LENTIN, Ronit. Genocide is not a metaphor: reflections on Gaza and the denial of the crime of genocide. In: ANTHONY, Thalia et al. (org.). *The Palgrave handbook of racial injustice and resistance*. Cham: Palgrave Macmillan, 2026. p. 15-37. DOI: https://doi.org/10.1007/978-3-032-02242-4_2.
- MBEMBE, Achille. *Necropolítica*. Madrid: Melusina, 2019.
- MCINTOSH, Janet. Language and the military: necropolitical legitimation, embodied semiotics, and ineffable suffering. *Annual Review of Anthropology*, v. 50, n. 1, p. 241-258, 2021.
- MORALES, Esteban. Social media and the mediation of everyday violence: a study of Colombian young adults' experiences. *New Media & Society*, v. 27, n. 7, p. 4308-4325, 2025. DOI: <https://doi.org/10.1177/14614448241236756>.
- RAISS, Ahmed. Digital kill chains: the dark side of tech in warfare. *The Cradle*, 6 jun. 2024. Disponível em: <https://bit.ly/3yXQPdP>. Acesso em: 27 maio 2026.
- RODRÍGUEZ, Olga. Maya Wind, antropóloga israelí: “Las universidades israelíes operan como cómplices del genocidio y del apartheid”. *eldiario.es*, 2026. Disponível em: https://www.eldiario.es/internacional/maya-wind-antropologa-israeli-universidades-israelies-operan-complices-genocidio-apartheid_128_13246525.html. Acesso em: 27 maio 2026.

RODRÍGUEZ, Olga. Nurit Peled, académica israelí: “La educación en Israel forma a la sociedad para que viva en el trauma perpetuo”. *eldiario.es*, 27 nov. 2023. Disponível em: <https://bit.ly/3ROjUyX>. Acesso em: 27 maio 2026.

SAMET, Uri. Crisis fatigue in the digital age: how constant exposure to disasters affects public attention and engagement. *International Journal of Scientific Research in Computer Science, Engineering and Information Technology*, v. 11, n. 3, p. 1084-1095, 2025. DOI: <https://doi.org/10.32628/CSEIT25111681>.

SANDU, Antonio et al. Machine learning and deep learning applications in disinformation detection: a bibliometric assessment. *Electronics*, v. 13, n. 22, p. 4352, 2024. DOI: <https://doi.org/10.3390/electronics13224352>.

SHALHOUB-KEVORKIAN, Nadera. Five pillars of Zionist genocidal apparatus: a Palestinian problematization of genocide studies. *Journal of Genocide Research*, v. 28, n. 3, p. 540-552, 2026. DOI: <https://doi.org/10.1080/14623528.2025.2556589>.

SHAW, Martin. The genocide that changed the world. *Journal of Genocide Research*, v. 28, n. 3, p. 588-602, 2026. DOI: <https://doi.org/10.1080/14623528.2025.2556575>.

STAHL, Daniel; WEINKE, Annette. The many usages of “Nuremberg”: on the aftermath of the International Military Tribunal and subsequent trials. *Journal of Genocide Research*, p. 1-10, 2026. DOI: <https://doi.org/10.1080/14623528.2026.2629749>.

SULEIMAN, Ali Ahmed et al. Linguistic framing and media discourse in the Sudanese conflict: the strategic function of lexical choice. *International Journal of Linguistics Studies*, v. 6, n. 1, p. 1-15, 2026.

VARGA, Bretton A. et al. Theorizing necropolitics in social studies education. *Theory & Research in Social Education*, v. 51, n. 1, p. 47-71, 2023. DOI: <https://doi.org/10.1080/00933104.2022.2129536>.

WIND, Maya. *Torres de acero y marfil: cómo las universidades israelíes destruyen la libertad palestina*. Madrid: Verso Libros, 2026.

ZUBOFF, Shoshana. *La era del capitalismo de la vigilancia*. Barcelona: Paidós, 2020.